

## Concurso Anual Literario UCSF 2023 – Categoría A (Estudiantes)

### Tercer Premio: “La solución del fruto” de Clara Sofía Brassesco

#### La solución del fruto

La tribu Zetka llevaba días caminando en busca de un nuevo territorio donde asentarse. Se sentían desanimados luego de que una poderosa tormenta se llevara sus viviendas. Entre hombres, mujeres y niños quedaban veinte. Los conflictos con otra tribu se habían llevado a parte de dicha población. A pesar de ese vacío, les quedaban fuerzas para continuar.

Finalmente hallaron una tierra donde podrían arraigarse nuevamente. Contaba con un bosque junto a un río. Los recursos parecían suficientes y el lugar, tranquilo. Pero cuando comenzaron a instalarse, divisaron a lo lejos a otra tribu acercarse a su lugar. Ante la sensación de alarma y temor de su gente, el cacique de los Zetka, Tekay, esperó a que los recién llegados se acercaran lo suficiente como para poder dar la bienvenida. Decidió proceder con cautela, puesto que aún resonaba en su mente la profecía del brujo, Zaqueb: *“La sangre continuará derramándose, la paz vendrá con el lenguaje universal”*.

Tekay se posicionó a una distancia prudente de aquéllos, y con firmeza y seriedad extendió sus dos manos por encima de las plumas que adornaban su cabeza, las bajó lentamente para volver a unirlos al llegar a su pecho y finalizó haciendo un gesto con su boca, indicando así la bienvenida.

La otra tribu, los Garú-garú, se miraron entre sí ante tal despliegue. No entendían de qué se trataba, y también como aquéllos, estaban asustados y prestos a defenderse ante cualquier ataque. Todavía los acechaban las sombras de sucesivos enfrentamientos; la sangre de sus hermanos había sido derramada, y en sus conciencias permanecían intactas las escenas de sufrimiento.

Un poco inseguro, Naim, el cacique de los Garú-garú, bajó la cabeza y la volvió a subir en forma de saludo, su rostro se mantenía impasible. Luego, se dio la media vuelta, y junto con su tribu comenzaron a instalarse a metros del asentamiento de los Zetka.

Ambas tribus quedaron con un sentimiento de intranquilidad. Dar la espalda luego de saludar era, para los Zetka, una ofensa muy grande. Por otro lado, los Garú-garú se sintieron intimidados por los ademanes de Tekay e interpretaron el gesto que hizo con su boca como un signo de rechazo hacia ellos.

Los primeros días se trataron con indiferencia, como si los otros no existieran. Con el paso de las semanas, la indiferencia fue dando paso al resentimiento, a disputas por los espacios y los recursos. Varek, el hijo del cacique de los Zetka, fue testigo de la furia de su padre ante la más reciente disputa con los Garú-garú por la gran cantidad de peces que habían sacado del agua para ellos y el reclamo de los otros porque también ése era su río.

Un día, luego de hacer las tareas que su padre le encomendara, Varek decidió pasear por el bosque. De inmediato escuchó risas que provenían del arroyo, y al acercarse, se encontró con que provenían de dos niños de la otra tribu, los enemigos, los invasores. Eso fue lo primero que pensó, pero al verlos jugando con el agua y riendo, tal como él lo hacía con los otros niños de su tribu, enseguida pensó que quizá no eran tan malos.

Con un poco de miedo, pero con valentía, decidió acercarse a ellos. Los dos niños, al verlo caminar entre las hojas directo hacia ellos, dejaron de jugar y posaron sus ojos, atentos y curiosos, sobre el recién llegado. Varek, al notar cierta tensión, sonrió y se inclinó para recoger agua y lanzarla como había visto que ellos lo hacían. Los niños se miraron entre sí y luego le devolvieron una sonrisa seguida de una ola de bienvenida. Entre risas y oleajes, Varek se vio a sí mismo no sólo empapado sino también divirtiéndose con los así llamados enemigos, se sentía sorprendido. Pero en seguida, una voz chillona captó su atención.

Una niña se había acercado a los dos niños y les hablaba de una forma que a Varek le resultaba incomprensible. Vio la desconfianza en sus ojos recaer sobre él, así que se mantuvo en silencio mientras los niños le hablaban. Finalmente, la niña se le acercó y le dirigió unas palabras, o al menos eso supuso Varek. Al no poder entender lo que ella le decía, pensó que podría hacer un dibujo en la tierra. Tomó una pequeña rama y dibujó una flor. En su tribu, dar una flor era una forma de pedir disculpas, por ello Varek pensó que si ella se había ofendido porque él estaba jugando con los niños, de esta forma podría arreglar las cosas.

Sin saberlo, Varek se había encontrado con Teya, la hija del cacique de los Garú-garú. Su nombre significaba fuerza y su temperamento le hacía honor al nombre elegido por toda la tribu cuando ella nació. También era desconfiada, y por ello procedió con cautela ante Varek. Sin embargo, al verlo dibujar, su desconfianza dio paso a la curiosidad. Advirtió que el dibujo era de una flor. Buscó alrededor y encontró una, entonces se la señaló y Varek asintió. Y ese simple intercambio dio lugar a otro dibujo y a otro señalamiento, otro dibujo y otro señalamiento hasta que la noche los alcanzó.

Sin necesidad de ningún acuerdo, los niños de ambas tribus volvieron al mismo lugar al día siguiente, se esperaban mutuamente. Esperaban encontrarse, tenían curiosidad por el otro. A esos encuentros se fueron sumando más y más niños, donde se enseñaban palabras, dibujos, juegos de una y de otra tribu. Continuaron de esta manera durante dos lunas, sin que ningún adulto lo advirtiera.

Uno de esos días escucharon fuertes gritos que provenían de los asentamientos. Se acercaron sigilosamente al final del bosque, y entre la vegetación asomaron sus ojitos. Se trataba de una disputa entre las dos tribus por los deliciosos frutos del árbol más grande de todo el bosque. Los gritos se convirtieron en pelea y empezó el ataque, el enojo y los golpes.

Varek y Teya advirtieron el miedo y la tristeza de los niños. Decidieron alejarse para tranquilizarlos. Luego, cada grupo volvió con su tribu. Pero al despedirse, Varek y Teya se miraron en silencio, entendieron que algo debían hacer por sus pueblos.

Esa misma noche se reunieron a pensar. Pensaron jugando, pensaron dibujando bajo la luz de la luna, pensaron cantando a las estrellas, hablaron con sus dioses y siguieron pensando. De repente, oyeron las hojas crujir. Alguien se acercaba. Entonces se abrazaron, esperando peor, que los encontrarían y los castigarían.

Zaqueb, el anciano brujo de los Zetka, se hizo presente en el rincón secreto de los niños. Los miró y les sonrió antes de sentarse sobre una roca, junto al arroyo. A la luz de la luna, sacó de su bolsillo el tan preciado fruto del árbol. Los niños, al advertir que el anciano no los delataría, se acercaron a él. Observaron atentamente la redondez y la textura del fruto. Lo más bello era su color, un reflejo del sol en el atardecer.

- Aquí está la guerra, también la paz. Reúnanse con su nuevo pueblo, los niños; encontrarán la solución — habló Zaqueb al tiempo que el bosque pareció sumirse en el silencio.

El anciano les entregó el fruto sin decir nada más. Luego, su silueta se fundió con las sombras de los árboles y desapareció.

Al día siguiente, Teya y Varek reunieron a todos los niños junto al arroyo y les entregaron una cesta llena de frutos. Sin mediar palabra, comenzaron a jugar con ellos. Algunos usaban el fruto como pelota y se la lanzaban, otros lo abrían y lo compartían, lo cortaban y mezclaban con otros frutos o utilizaban el color que de él emanaba para pintar las rocas.

Teya y Varek, al verlos, se sintieron decepcionados. Después de tanto pensar soluciones, de reunir a los niños y hacer lo que el anciano les había dicho, nada parecía ser la solución a los conflictos tribales. Los niños simplemente jugaban con los frutos, como era de esperarse ¿qué solución habrían de brindar si no saben hacer nada más que sólo jugar?

Cansados, los caciques de la pequeña tribu se alejaron un poco de su pueblo para seguir pensando soluciones. Estaban desanimados, sí. Pero aún les quedaban fuerzas y amor a sus respectivas tribus. Mientras pensaban y dibujaban soluciones, un niño se les acercó y les obsequió un líquido contenido en una cáscara. Lo había preparado extrayendo el jugo de los frutos. Varek y Teya le agradecieron y lo bebieron, pues estaban sedientos de tanto pensar.

Con el simple contacto de sus bocas con el dulzor del jugo, sonrieron y se miraron el uno al otro. Una idea fugaz los encontró, y entonces lo supieron: los niños habían encontrado la solución.

Trabajaron toda la noche, ardua y silenciosamente en la solución. Cada uno de los niños se encargó de una parte importante y se mantuvieron despiertos hasta que el sol iluminó con sus rayos la obra maestra.

Ese día, los Garú-garú y los Zetka salieron de sus viviendas y se encontraron con un gran festín bajo el árbol que había sido objeto de la última disputa. Para la sorpresa de todos, los niños de ambas tribus estaban todos reunidos detrás de una larga fila de platillos: algunos eran propios de la tribu Zetka, otros de los Garú-garú, y otros... nuevos ante sus ojos.

Tekay y Naim observaron a sus hijos: tenían sus manos entrelazadas. Entonces se miraron y ellos también se dieron la mano, habilitando así, la unión de ambos pueblos. Todos se congregaron en torno al festín y comieron los manjares más dulces que jamás habían probado.

Con los últimos rayos de sol como testigos, todos y cada uno de ellos, sin distinción tribal, se reunieron en torno al árbol, agradecieron a la naturaleza por sus frutos, al trabajo y a la lección que los niños les habían dado ese día. Comprendieron que el sabor del encuentro estaba más allá de las palabras, no era algo que pudieran nombrar o pensar. Aprendieron el lenguaje de la mirada, de la unión de las palmas, de la risa y el juego. Así, se comprometieron como hermanos a compartir la tierra y sus frutos, el agua y sus peces, la armonía de vivir en comunidad frente a los conflictos.